

***La campaña,* las ideas, la historia viva**

Alejandro Higashi
El Colegio de México

I. La campaña y las ideas

La campaña, (1) como una obra todavía única dentro del ciclo balzaciano que desde 1987 conocemos como *La Edad del Tiempo*, (2) vive en ese universo sin más asidero; las obras que le preceden son las que juegan con la simultaneidad de tiempos –*Aura*, *Cumpleaños*, *Una familia lejana*, *Constancia*, en «El mal del tiempo»; algo así podría también decirse de *Terra nostra*, entre la historia novohispana y los tiempos simultáneos– y las que le siguen se sitúan en un «Tiempo revolucionario» –*Gringo viejo* y, aún no publicada, *Emiliano en Chinameca*–. *La campaña* y las otras novelas que conforman el ciclo conservan una especificidad temporal a la que Fuentes refiere como «the 'exceptions' that confirm the rule» (3) dentro de su geografía totalizadora: el siglo XIX.

Dentro del proyecto totalizador de la narrativa de Fuentes, *La campaña* es la primera novela de un tríptico llamado «El

tiempo romántico» —la única publicada, aunque no la única escrita,—(4) recorrido narrativo por las luchas independentistas del continente, las viejas oligarquías que viajaron a París a mediados del siglo y la celebración del Centenario de la Independencia en México a la sombra del porfirismo. (5)

Por la situación que le ha dado el propio autor —con las reservas del caso, claro—, se podrían concluir algunas generalidades; sin intentar adscribirla a ningún género en particular, por ejemplo, podría mirarse en *La campaña* un arquetipo más de tiempo narrativo que de forma narrativa. Si aceptamos ciertas características dominantes que para Fuentes mismo presenta la novela decimonónica, quizá esa podría ser una clasificación más precisa que las varias que ha propuesto la crítica. Según Fuentes, «from Napoleon Bonaparte, and the French Revolution forward, the history of the novel becomes linear. It is the history of a hero, it is the history of a psychology, but with Kafka psychology dies». (6) ¿No es *La campaña* la historia de Baltasar Bustos, la historia de una psicología? Fuentes, conocedor infatigable de la novela, escribe con y desde ciertos presupuestos que dan coherencia y verosimilitud a este particular tipo de novela. Escribe, en todo caso, como debiera escribir el narrador, Manuel Varela. Esto, en cuanto al estilo narrativo.

El escaso consenso de la crítica en cuanto al género de *La campaña* debe hacernos desconfiar de todas nuestras certezas. Aunque la crítica está de acuerdo en conceder que sea una novela, se ha insistido en una pluralidad subgenérica sorprendente que nos deja a caballo entre la novela histórica, la novela de aventuras, la novela de aprendizaje y la novela de ideas; (7) la novela histórica romántica; (8) la novela neocriollista, la novela arquetípica, la novela dialógica/carnavalesca, la novela intertextual, la parodia de la novela histórica popular y la nueva novela histórica. (9) Si a esta indefinición sumamos los juicios encontrado —mientras para algunos se trata de «la mejor

novela que ha escrito Fuentes, en la que ha encontrado, después de mucha experimentación, una voz genuina»; (10) para otros, «a veces los personajes parecen esquemáticos e indigesto el ensayo de los detalles históricos»— (11) son indicios evidentes de una propuesta novedosa que no se agota en la especulación genética ni taxonómica.

II. La circulación de las ideas

Aunque *La campaña* no sea una «novela de ideas» —ninguno de los personajes resulta «la mera encarnación de un concepto»—, (12) es claro que «las ideas subyacen en la composición de la novela». (13) Es un hecho que, incluso faltando el nombre del escritor en la portada, ciertas ideas constantes en el conjunto de su obra prontamente nos develarían al autor de *La campaña* —como escribe Bárbara Mujica, se trata de una propuesta cuya «perspectiva no es particularmente original»—. (14) Ya en las primeras páginas, Varela confiesa la pasión de los tres amigos por el tiempo y una fantasía:

[El misterio del tiempo] es sólo la posibilidad de imaginarlo corriendo hacia atrás y no hacia adelante, o acelerando el encuentro con el futuro, hasta disolver esa noción y hacerlo todo presente: el pasado que no sólo recordamos, sino que debemos imaginar, tanto como el futuro, para que ambos tengan sentido.

Esta misma fantástica propuesta da título a un artículo publicado en *Nuevo Tiempo Mexicano*; ahí escribe Fuentes:

En el umbral de un nuevo tiempo mexicano, me detengo a celebrar un acto de la memoria y de la imaginación, invirtiendo los términos usuales del tiempo: quiero imaginar un pasado y recordar un porvenir, prometido en parte por ese pasado, desvirtuado otro tanto por él, obstaculizado a la vez

que animado por cuanto hemos sido, somos y queremos ser. (16)

La idea había sido expresada ya en *Valiente mundo nuevo*; ahí, la posibilidad de «imaginar el pasado» y «recordar el futuro» es la que corresponde a ese escritor que «conjuga los tiempos y las tensiones de la vida urbana con medios verbales». (17)

La obsesión de Bustos por esa máxima un tanto enigmática de «admiro todo lo que no soy» (C, pp. 102, 107 y 202), queda explicada cuando Fuentes opina sobre la falta de continuidad cultural en la imposición de programas de una modernidad que nos es ajena: «somos todo lo que somos. No podemos negar ni las grandezas ni las servidumbres de nuestros pasados: ni la gloria ni la muerte» y sólo en la medida en que estos valores multiculturales se niegan, nos volvemos vulnerables «en el nombre de lo que *no es nosotros*». (18) La verdad que, en suma, no habían afrontado los latinoamericanos iluministas; la negación del pasado (indígena, colonial) y el deseo de convertirse en lo que no eran justamente: iluministas, ilustrados.

Los ecos no se limitan a préstamos de frases y conceptos. Grandes bloques narrativos de la novela pueden leerse como extensión o confirmación de la manera en que Carlos Fuentes ha entendido y expresado la historia de las independencias hispanoamericanas en el conjunto de su obra. Bustos, Dorrego, Varela; Idefonso de las Muñecas, Miguel Lanza, se vuelven prototipos de grupos emergentes en conflicto: unos, con la continuidad cultural —quienes intentan implantar una democracia *ex nihilo*, imponiendo la imitación irracional de las leyes extranjeras al legado indígena y colonial del continente—; otros, con el poder central —todos esos separatismos caciquiles que dominaron la escena en ausencia de un poder nacional de *facto*—. Los temores del padre de Baltasar Bustos están justificados —»vamos a dejar un imperio tradicional, absolutista y católico por una libertad racionalista, científica, liberal y,

acaso, protestante» (C, p. 49)— tanto como las protestas de Ildefonso de las Muñecas y de Miguel Lanza contra el poder central —ése que a de las Muñecas parece tan distante como «el virrey en Lima, el rey en Madrid, las Leyes de Indias...» (C, p. 85) y el mismo gobierno incomprensible ante el cual Miguel Lanza prefiere proclamar «¡Mejor gobernarnos solos! ¡Mejor que viva la republiqueta del Inquisivi!» (C, p. 106)— están justificados por la historia independiente del continente:

Cuando nos independizamos de España en 1821 [...] el movimiento liberal y modernizante decidió dejar atrás el pasado. Junto con las demás repúblicas hispanoamericanas, nos lanzamos a la imitación extralógica de las leyes francesas, británicas y norteamericanas, convencidos de que su simple transferencia a nuestro suelo pobre, explotado e injusto, nos convertiría instantáneamente en sociedades prósperas y democráticas. Este ejercicio de la *Democracia Nescafé* [una democracia instantánea, digamos] olvidó una cosa pero consagró otra. Olvidó que no podía haber sociedad democrática sin continuidad cultural. La renuncia independentista al pasado indígena, juzgado bárbaro, y al pasado español, juzgado oscurantista, nos obligó a improvisar una cultura democrática inexistente. En cambio, la nación fue erigida como un compromiso entre el imperialismo español derrotado y los separatismos caciquiles (las republiquetas en Suramérica) animados por el derrumbe del imperio español ayer como por el del imperio soviético hoy. (19)

La novela, sin embargo, no se agota en las ideas. Aunque en varios sentidos *La campaña* sea la voz novelada de esa «imitación extralógica» que significó adoptar «la última versión de la modernidad occidental», (20) no es ciertamente una novela

de tesis —su objetivo no es convencer a nadie ni vender ninguna idea— ni una versión vanalizada por la ficción de las convicciones de su autor. «Si Dante fuese reducible a la lucha política entre güelfos y gibelinos, nadie lo leería hoy, salvo algunos historiadores». (21)

La novela histórica no es ni estática ni homogénea; tampoco parodia ni versión revisada de la historia ortodoxa en todos los casos. Los mecanismos son muchos y los objetivos que se persiguen al escribir una novela histórica también. Si para Fuentes «la novela da la historia como hecho vivo, en el presente en el que recordamos y deseamos», (22) resulta claro que su función no se limite a las categorías que Seymour Menton estudia —seis códigos que coinciden con otros tantos géneros literarios. (23) El valor del presente para la novela histórica que escribe Fuentes es un principio programático y estructurador que no tiene paralelo en otros autores. La novela histórica es para él un discurso particular en el cual «el pasado no ha concluido; el pasado tiene que ser re-inventado a cada momento para que no se nos fosilice entre las manos». (24)

Hecho vivo, «la novela no muestra ni demuestra al mundo, sino que añade algo al mundo». (25) Es quizá en ese mismo sentido que debemos entender la circulación e las ideas que hay entre la novela y la obra ensayística de Fuentes. La novela, que fácilmente podría correr por los cauces de la imaginación sin más asidero, permanece firmemente anclada a la reflexión en prosa del autor con una clara consecuencia: novela y reflexión no se apartan donde las ideas de un hombre del siglo XX —parte necesariamente presente— contaminan la factura de una novela histórica. La circulación de las ideas, el reciclamiento de la opinión presente en la novela histórica, se transforma en estrategia compositiva y, al mismo tiempo, en una preciosa inoculación de vida que vuelve el color al cuerpo enfermo de la historia.

III. Filósofos sin aduana espiritual

[...]sé siempre un problema, sé un problema para tu Rusó y tu Monstescú y todos tus filósofos, no los dejes pasar por tu alma sin pagar derechos de aduana espiritual (C, p. 242).

En esa historia de América Latina que vacilante, fugaz, apasionadamente atraviesa Baltasar Bustos tras las huellas de Ofelia Salamanca, se elude la espesa consistencia de las historias oficiales/nacionales y se sustituye. Una visión exógena dinamiza el pesado oficialismo de los discursos fundamentalistas sobre las independencias y los conglomera y sistematiza en un bloque por demás coherente —aunque, por razones geográficas, siempre heterogéneo—. *La crónica*, (26) sin embargo, no es en absoluto inocente. La fuente histórica utilizada con más insistencia no es un crónica en realidad, sino un discurso historiográfico revisionista: *Las revoluciones hispanoamericanas (1808-1826)* de John Lynch. (27)

Fuentes parte deliberadamente de una interpretación exógena con todas las garantías que esta puede ofrecer: ausencia de autocelebración, de fundamentalismos nacionalistas; un tercer punto de vista que no involucra a los agentes de la acción (historiadores peninsulares o hispanoamericanos). El entramado histórico que se construye sobre el hipotexto como marco de acción de los personajes no es un dios omnipotente, no domina sobre su acción; el «relato» y las «pruebas» que presenta Lynch se ofrecen nuevamente en el hipertexto pero parcelados con rigor. Si el recorrido de Baltasar Bustos coincide con la organización del libro de Lynch —Argentina, las guerrillas en el Alto Perú y Chile; su conclusión en México—, no sucede siempre así con el contenido de los actos.

En ocasiones, se trata sólo de comentarios en medio de una charla, donde los personajes parecen asistir a la noticia fresca, viva, contemporánea, pero en realidad se limitan a glosar la historia de Lynch, asistiendo nada más a la segunda realidad que el discurso historiográfico concerta. (29) Cuando Miguel Lanza relata a Baltasar Bustos el fracaso de las primera expediciones libertadoras, mezcla los juicios de valor de Lynch —«[...] a los ojos de los habitantes del Alto Perú, la primera expedición no les trajo nada y se llevó su plata»; con la llegada de Belgrano, «de nuevo, la adversidad sacó a relucir lo peor en los porteños»; sobre el «monstruoso, aunque afortunadamente abortado, plan de volar la Casa de Moneda en Potosí», Lynch cita la opinión de Mitre: «bárbaro proyecto, cuya ejecución habría hecho más daño al crédito de la revolución que al enemigo» (Revoluciones, pp. 139-140)— con las informaciones —el alzamiento de Potosí contra las arbitrariedades de los «ejércitos auxiliares» y la huida, con el oro de la Casa de Moneda, hacia Salta; el fallido proyecto de Belgrano: volar la Casa de Moneda, etc.—:

Cada vez que han venido ustedes los porteños a implantar la revolución aquí en la selva y la montaña, la han jodido. [...] Los mestizos de Potosí se rebelaron contra las tropas de Buenos Aires y mataron a doscientos porteños de un golpe. ¿Qué quieres qué pensemos, mi joven amigo? Son ustedes o pícaros o pendejos. Ya no los entiendo. Viene hasta acá el insigne general Belgrano, el héroe más genuino de la revolución, y manda volar la Casa de Moneda de Potosí para acabar con la fuente del poder español. [...] ¿A quién le hubieran servido los tesoros de Potosí hechos pura mierda por el celo revolucionario de Belgrano? Mejor lo hizo acá el ilustre Pueyrredón, que hoy es presidente de Argentina, y se huyó con el oro de Potosí [...] ¿No te digo? O muy brutos o muy pícaros (C, pp. 105-106).

En otros casos, los personajes de la novela encarnan directamente las acciones de agentes históricos: en la incursión de Bustos a las republiquetas del Alto Perú, en la predicación infructuosa a los indígenas de la zona, en la desconfianza e incomodidad que Bustos provoca a los aristócratas criollos (C, p. 82-86) se recuerda la campaña emprendida por Castelli, sus proclamas infructuosas y meramente declamatorias sobre la igualdad social, la desconfianza despertada en los caciques y en la aristocracia criolla (*Revoluciones*, pp. 142-143). (30)

Muchas que podrían ser consideradas como meras marcas históricas —una pura estrategia narrativa para crear un ambiente histórico—, no lo son. La mayor parte de las interpolaciones del libro de Lynch son las que comparten una misma preocupación: la falta de igualdad social en una independencia que sólo pertenece a las jerarquías criollas centrales. Las disposiciones que tomó el gobierno central revolucionario para adaptar las viejas estructuras sociales al nuevo orden no combatieron la desigualdad entre clases: «la condición servil y deprimida de los indios no mejoró» por más leyes que se promulgaron (*Revoluciones*, p. 99) y, en cuanto a los esclavos negros, se respeta el derecho de propiedad «de los que habían invertido en esclavos» con la llamada «libertad de vientres» (*Revoluciones*, pp. 99-102); éste último, en particular, es el tema de la conversación entre Baltasar Bustos y su padre (C, p. 64). Las disposiciones del gobierno de Buenos Aires sobre el gauchaje, (31) la insistencia en el carácter patricio de la revolución de mayo, (32) la insistencia de Bustos en la necesidad de una igualdad social (C, p. 16) y su posterior certeza —«va a haber libertad, pero no igualdad» (C, p. 65)— son en La campaña ecos de las certezas de Lynch:

La independencia fue una fuerza poderosa pero finita, que se abatió sobre Hispanoamérica como una gran tormenta, barriendo los vínculos con España y la fábrica del gobierno colonial, pero

dejando intactas las profundamente arraigadas bases de la sociedad colonial. [...] La independencia política era sólo el principio. América Latina seguía esperando —todavía espera— revoluciones en su estructura social y en la organización económica, sin las cuales su independencia seguirá siendo incompleta y sus necesidades permanecerán insatisfechas (*Revoluciones*, p. 386).

«La promesa incumplida de todos nuestros proyectos modernizantes ha sido la democracia», (33) dirá Fuentes unos años más tarde.

Las relaciones entre *La campaña* y la historia de Lynch no deben tomarse como apropiaciones sencillas o saludos frívolos de la intertextualidad. Se trata, más bien, de otra forma de inoculación de vida en el discurso novelístico-histórico latinoamericano. Si la idea no había germinado en tierras latinoamericanas —ajenas a la democracia por una historia de colonialismo común—, inútil era buscar entre las páginas de sus historiadores eso que sólo una mirada exógena podía descubrir. Fuentes toma entonces unas ramas del árbol exógeno que sí ha cumplido con su modernidad y las injerta dramáticamente en el árbol endógeno de la novela histórica hispanoamericana. La democracia ausente sólo puede verse desde la perspectiva de quien vive un proyecto de modernidad democrática presente; eso sucedía en los años en que Lynch escribió su historia: la idea democracia redentora fue durante muchos años el soporte ideológica del Primer Mundo durante los años de la Guerra Fría. Si la historia escrita por Lynch no fue la primera, fue por lo menos la que más insistió en la mentalidad antidemócrata que sostuvo las revoluciones hispanoamericanas.

La historia, en todo caso, nunca se presenta de un golpe, en su frío academicismo. La inoculación es cuidadosa, regulada

gota a gota. Cuando alguna idea de Burns, por ejemplo, se injerta, esto se hace con la mano cuidadosa de un floricultor. Burns escribe:

The great distance between the Iberian Peninsula and the New World and the slowness of communication and travel worked to confer considerable local autonomy on officials in the New World and to permit some irregularities. What it meant in practice was that the kings could only hope to dictate the broad outlines of policy, leaving much of the interpretation and implementation to colonial and local officials. *Obedezco pero no cumplo* became the accepted way for New World officials to manifest their loyalty to the Spanish crown while bending the laws to suit local situations. (34)

Las reflexiones de Burns son como una piedra que, lanzada al lago de las ideas, se convierte en ola y deformación y nunca en la narrativa de Fuentes vuelve igual a sí misma. Estas ideas en *La campaña* —una vez en labios de Baltasar Bustos, «conozco la divisa de estas tierras: la ley se obedece pero no se cumple» (C, p. 85); otra, en los del marqués de Cabra: la existencia de un vacío «entre el país de las leyes y el país de las realidades» (C, p. 139)— son también preocupaciones constantes y características en su obra ensayística de los últimos años: la presencia de un gobierno colonial en un territorio periférico dividió latinoamérica en dos naciones, «la nación legal, consagrada en la legislación de Indias. Y la nación real, la que existía, detrás de la fachada de la ley, en la hacienda, la mina y los pequeños poblados del virreinato de la Nueva España al del Río de la Plata». (35) Esta enorme distancia entre las dos naciones —conservada luego de las Independencias (36) y hasta nuestros días— (37) separa en dos cada país —«el lema del país legal era 'la ley se obedece'. El del país real: 'Pero no se cumple'»—; (38) contra la lluvia de leyes con que Carlos V

intenta dirigir la colonia novohispana, contestará la oligarquía criolla que «la ley se obedece pero no se cumple».

Lo que es profecía en labios del marqués de Cabra —«Y [andarán] dictadura tras dictadura para cubrir el vacío entre el país de las leyes y el país de las realidades» (C, p. 139)—, resulta noticia próxima, contemporánea, palpable, para Simón Rodríguez —«[las fuerzas de los ejércitos auxiliares] por desgracia o por fortuna, son quienes han llenado el vacío entre la Corona y la república» (C, p. 90)— y se vuelve historia y constatación en «Imaginar el pasado, recordar el futuro»:

La distancia entre la corona y la colonia, entre la legalidad y la realidad, entre la autoridad ejercida legítimamente y la abusada de facto: el vacío fue llenado por la pléyade de los caciques, los jefes locales y sus clanes [...] que gobernaban de hecho al México profundo, imponiendo su capricho personal por encima de las instituciones públicas y la leyes. (40)

A propósito de la influencia escolástica en los programas revolucionarios pretendidamente iluministas, escribe Stoetzer:

From the debates of the *cabildo abierto* of May 22, 1810, in Buenos Aires it is clear that only Suárez' contract-theory was meant; there is no evidence of any Rousseauan influence at this period. Besides Saavedra and all the other members who spoke at the meeting, Juan José Castelli's exposition was in line with Scholastic thought when he explained the existence of a pact between the spanish kings and the peoples of Spanish America, and it was on this basis that his entire argument for the establishment of a *junta* in Buenos Aires was put forward. With th

dissolution of the Suprema Junta Central the sovereign Spanish government has ended, and Castelli derived from this historical fact the resumption by the people of Buenos Aires of the rights of sovereignty, and their free exercise in the establishment of a new government, mainly because King Ferdinand VII had lost his authority over Spain. (41)

Esta paradoja del «iluminismo» latinoamericano lo noveliza Fuentes en el diálogo de Dorrego y Bustos: «Ya no hay poder soberano en España. En consecuencia, la soberanía revierte al pueblo. A nosotros. ¡Castelli es la encarnación criolla de Rousseau!», exclama Dorrego; «No [...], la idea es de Francisco Suárez, un teólogo jesuita», puntualiza Baltasar Bustos (C, p. 15).

Otro buen ejemplo de los mecanismos de apropiación que subyacen tras el uso de la documentación exógena está en su reflexión sobre los caciquismos locales. La «barbarie», «la salvaje gauchería», los gauchos como «agentes del holocausto improductivo» (C, pp. 43-44) representan para Bustos el producto de «un mundo autártico» (C, p. 70) creado en torno a una «figura patriarcal» (C, p. 55) de mucha fuerza a la que «se regresaba siempre, para volver a nacer, para volver a morir» (C, p. 71). La admiración que Bustos siente por su padre no es gratuita: la figura carismática del «patrón» en estas comunidades tradicionales influye siempre más que las leyes impuestas —con razón cuenta Varela: «Baltasar no supo si todas las constituciones liberales del mundo eran más fuertes, en ese momento, que una simple presencia patriarcal» (C, p. 55)—.

El modelo inmediato de este tipo de sociedades con una autoridad local de hecho ya lo describe Fuentes en otra parte: «El cuadro administrativo del poder patrimonial, explica Weber, no está integrado por funcionarios sino por sirvientes del jefe

que no sienten ninguna obligación objetiva hacia el puesto que ocupan, sino fidelidad personal hacia el jefe; no obediencia hacia el estatuto legal, sino hacia la persona del jefe, cuyas órdenes, por más caprichosas y arbitrarias que sean, son legítimas». (42) El sustrato de esta interpretación —explicitado por el mismo Fuentes— es el modelo weberiano. (43) La soberanía del *caudillo* sobre los grupos locales —por oposición al poder central— también es valorada por Burns: «Under the leadership of such caudillos, the masses apparently felt far more identification with government than they ever did under the imported political solutions advocated by the intellectuals and the elite». (44) En estas últimas líneas podemos diagramar con facilidad el conflicto de autoridad entre las ideas iluministas de Baltasar Bustos y la autoridad local efectiva de su padre —un estanciero pobre al mando de su gauchada—, de Miguel Lanza —una caudillo local al mando de su republiqueta—, etc.

El fenómeno, una categoría abstracta para Weber, encarna en una realidad histórica; el patrimonialismo «[...] constituye, en verdad, la tradición del gobierno y ejercicio del poder más prolongada de la América española y portuguesa», escribe Fuentes «según la interpretación de los historiadores norteamericanos Richard Morse y Bradford Burns». (45)

IV. Un proyecto de modernidad truncado

La presencia de la historiografía moderna anglo-estadounidense es, en este sentido, uno de los rasgos caracterizadores de la reflexión de Fuentes. La vida y el presente de la historia parecen estar reunidos en la confrontación con esta tradición que, totalmente ajena, ha entrado en la modernidad y ha sido capaz de salir de ella —por lo menos, en el campo de la reflexión teórica posmoderna—. A ella regresa Fuentes en muchos momentos, ya como apoyo, ya como confirmación, de la fractura del proyecto de modernidad en América Latina.

Aunque *La campaña* puede ser leída como un periplo amoroso —una suerte de amor cortés decimonónico, donde al héroe se le concede sólo perseguir un ideal, Ofelia salamanca, pero nunca conseguirlo—, (46) es obvio que no es esta la estrategia más productiva. (47) *La campaña* en su totalidad se deja leer mejor como la expresión novelizada de una idea: la falta de continuidad cultural en las independencias latinoamericanas fundó nuestras naciones sobre débiles andamios de modernidad. Esa es justamente la queja de Quintana:

Sí, qué bueno hubiera sido ser fundados por Montescú en vez de Torquemada. Pues nomás no. ¿Queremos ahora ser europeos, modernos, ricos, regidos por el espíritu de las leyes y de los derechos universales del hombre? Pues yo te digo que nomás no se va a poder si no cargamos con el muertito de nuestro pasado (C, p. 243).

Este diálogo que abre Fuentes no puede, claro, sostenerse sin cruzar los límites de su obra. Isaiah Berlin, Ernest Gellner, Eric Hobsbawn —todos ellos citados en alguna ocasión por el autor— (48) coinciden o divergen cuando la historia independentista de América Latina se narra en la cruzada por la modernidad y la nación.

La campaña en buena medida es, desde esta perspectiva, la narración de un gran error. Para E. J. Hobsbawn, movimientos periféricos de «liberación nacional» como el panlatino-americanista habían crecido «en el resentimiento contra los conquistadores, gobernantes y explotadores». (49) Lo que debió haber sido otra cosa, se convirtió rápidamente en una revolución antiimperialista que, traslapando términos y engolosinándose con las palabras, borraba necesariamente las condiciones particulares de cada grupo involucrado en la revuelta: «los que luchaban por la liberación eran 'nacionalistas' sólo porque

adoptaban una ideología occidental que era excelente para el derrocamiento de gobiernos extranjeros», (50) sin respetar en ningún caso la continuidad cultural de la región. «La seducción», llama Varela al fenómeno; «imitación extralógica», la llama Fuentes. (51) Si «el contrato social renovado a orillas del río turbio y cenagoso de Buenos Aires» parece sólo un «idilio político» (C, p. 10), es por esa imitación extralógica de las ideas. Cuando Baltasar Bustos afirma que los problemas de la revolución son la igualdad y la justicia, y no los ponchos y la competencia comercial entre España e Inglaterra, se equivoca. Los primeros son problemas en abstracto, ideas ajenas; los otros son problemas de una realidad concreta. El destino de la producción regional ante la apertura de la economía de mercados al comercio internacional era un problema legítimo —«¿Quién va a comprar lo que se produce en La Rioja si se obtiene más barato importándolo de Londres? Hasta un poncho, hijo, hasta un par de botas, lo hacen más barato los ingleses», dice José Antonio Bustos (C, p. 28)— y también parte de la historia —«¿Quién compraría ponchos o espuelas fabricados en el interior de la Argentina, si podía adquirirlos, más baratos, mejores y más rápidamente, importándolos de Inglaterra?»—. (52)

Imposible traslapar a las ricas cosmogonías americanas el racionalismo iluminista; ese algo «totalmente irracional, mágico», terminaría por desmoronar «con unas cuantas imágenes seductoras e inasibles toda la paciente construcción racional del hombre civilizado» (C, p. 97). Esas ideas —significativamente simbolizadas por una vela derretida en manos del padre muerto— terminaron siendo «un débil parapeto racionalista contra la antigua marea de los ciclos, regida por fuerzas que nos preceden y nos sobrevirán...» (C, p. 122).

La reacción violenta contra «algunos parámetros de la tradición» a menudo viene seguida por la adopción de «la última versión de la modernidad occidental»; (53) pero el problema con

la modernidad en las independencias fue que el modelo no sólo exigía limar algunas asperezas —las que pueden haber entre un ciudadano francés y un «ciudadano» criollo, como se motejaban entre ellos los tres amigos (C, p. 12)—. Cuando el marqués de Cabra declara proféticamente que «lo que para un inglés [...] es un aliso, para un peruano será un huracán: la edad moderna» (C, p. 139), no exagera. El modelo de modernidad occidental exigía, como condición misma de su adopción, la supresión absoluta de cualquier continuidad cultural: el modelo de acción política y social creado por los filósofos del iluminismo se postulaba como un modelo de desarrollo endógeno por encima de cualquier continuidad cultural, del *tabula rasa* de Descartes al «du passé faisons table rase» de la *Internacional*. (54) Para Julián Ríos, preceptor de Baltasar Bustos —y homónimo del novelista hispano—, «el pasado renovado es la única garantía de modernidad» (C, p. 144); era esta justamente la fisura del modelo y una de las contradicciones del capitalismo moderno: «novedad», «cambio» y «progreso» eran paradigmas que se oponían a la legitimación del sistema en los principios de «antigüedad», «continuidad» y «tradición». (55)

Antiimperialistas en su origen, las revoluciones hispanoamericanas concertaron territorios y crearon naciones de la nada. En su mayoría, las unidades territoriales que buscaron su independencia carecían de un sustrato protonacional definido: ni la lengua, ni la identidad étnica, ni la religión bastaban como factores de cohesión nacional; donde había grandes masas territoriales multiculturales —el fenómeno que llama Burns «Indo-ibero-afro-america» y Fuentes, Indo-afro-iberoamérica—, (56) imposible fue aprovechar los sustratos protonacionales. Ante la falta de «formas locales de identificación popular», (57) las masas populares —criollas, negros, indígenas, de cualquier otro tipo— sucumbieron ante el protonacionalismo artificial y castrante impuesto por una clase: «los lazos y vocabularios políticos de grupos selectos vinculados de forma más directa a estados e instituciones», esos que acabaron

«generalizándose, extendiéndose y popularizándose». (58) Los delicados brotes recién plantados de la democracia y la nación tenían raíces cortas... casi ninguna. El homogéneo vocabulario de la Revolución francesa, el silabario de la modernidad ilustrada, se impuso y dio uniformidad a las palabras, las leyes, los conceptos; términos todos estos que, por desgracia, nunca dieron nombre a ninguna realidad concreta de nuestra indo-afro-iberoamérica.

V. La historia es un espejo

«¡La igualdad ante todo!», proclama Baltasar Bustos (C, p. 16); «No basta [...] con denunciar la injusticia general de las relaciones sociales, ni siquiera cambiar de gobierno, si no se cambian las relaciones personales. Empecemos por revolucionar nuestra conducta», alega el mismo Bustos (C, p. 26); páginas después, el «lector de Rousseau» tiene una premonición que le parte «la cabeza como un rayo»: «Va a haber libertad, pero no igualdad» (C, p. 65). ¿Sugiere Fuentes, en boca de su personaje Bustos, un programa factible para el presente? ¿La solución a las crisis contemporáneas que plantea una democracia espontánea —«democracia Nescafé»— está en el cambio moral de los participantes?

No; las palabras de Bustos no son apuestas al futuro. Nuevamente, con maestría narrativa, el autor noveliza lo que son certezas para el historiador; Baltasar sólo es uno más de aquellos «ilustres positivistas» que, «en lugar de dar soluciones instrumentales y particulares, insistían en la necesidad de una “regeneración moral” de la sociedad sin la cual, como ya lo había reconocido Toro, la cultura y las instituciones liberales nunca podrían echar raíces». (59)

La campaña es novela histórica y no plan político; el futuro se cancela en los deseos de aquellos personajes ceñidos por el tiempo que fue suyo. «Gran novela del presente y del

pasado», (60) La campaña sólo puede leerse con la certeza de que lo enunciado ya pasó, ya es historia, pero de que la enunciación prosigue viva un diálogo con el presente. El futuro no está escrito todavía. Es evidente, sin embargo, que «se debe abarcar la amarga historia de América Latina si es que el continente va a desplazarse hacia un futuro de su 'propia hechura'». (61)

La historia, por supuesto, no es un daguerrotipo. Fuentes prolonga con maestría y empeño la fabulación de la historia que su amigo y maestro Alfonso Reyes, algún día de 1915 comenzara en su *Visión de Anahuac* (1519). En esta pequeña obra, como certeramente afirma Georgina García-Gutiérrez, «Reyes ve, o recuerda el país como nativo y como extranjero que lo descubre por primera vez y se dirige a los que nunca lo han visto como mexicano. Esta disociación de la perspectiva para observar a México (desde dentro y desde fuera, a la vez), y la necesidad de transmitir lo que es el país a quienes lo desconocen (aun a los mismos mexicanos), serán iguales en Fuentes, quien agregará la crítica de lo visto». (62)

La historia de las independencias es vista por Fuentes desde dentro y desde fuera simultáneamente, en un rico juego intertextual que termina convirtiendo los espejos en un prisma. ¿Qué permite tanto juego? ¿Qué autoriza la «exogamia» y la «endogamia» de tantos de sus textos? El mismo autor nos lo dice:

Tengo la profunda convicción de que la novela es un medio privilegiado para dar una visión en redondo de la realidad, y de la realidad constituida por la mirada ajena. Por la manera en que somos mirados, no sólo la manera como nosotros miramos, sino como somos mirados. (63)

La novela histórica nos muestra la historia viva y propia que descubre, como por encanto, la mirada ajena. La reflexión

exógena al servicio de una idea y como esa virtud que algún día habremos de celebrar. La virtud que muchas veces se exhibe en La campaña por ese autor particular, Fuentes, que sabe alejarse y otorgarnos la mirada de quien no ha estado nunca aquí, de quien asiste por primera vez a una zona arqueológica, inaugura una cosmogonía en ruina que lo abisma y lo precipita al fondo del descubrimiento. (64)

Se aleja Fuentes y nos abisma en la mirada ajena.

NOTAS

1. Carlos Fuentes, *La campaña*, Madrid, Mondadori, 1990. En América Latina sólo se publicó hasta enero de 1991, según el colofón de la edición argentina —aunque en la hoja legal se consigna 1990 como año de edición—: *La campaña*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990 [1991].
2. Aunque el mismo autor declaró haber escrito este proyecto por primera vez en Darmouth College, en 1981 («*La Edad del Tiempo: An Interview with Carlos Fuentes*», en Raymond Leslie Williams, *The Writings of Carlos Fuentes*, Austin, University of Texas Press, 1996, p. 147), no se dio a conocer públicamente sino hasta 1987.
3. *Ibid.*, p. 151.
4. En 1993 Fuentes declaró tener ya escrita *La novia muerta* y, en un futuro próximo, esperaba escribir la tercera parte, *El baile del Centenario* (Miguel Angel Quemain, «Memoria y deseo, entrevista con Carlos Fuentes», *Quimera*, 120, 1993, p. 26).
5. «*La Edad del Tiempo: An Interview with Carlos Fuentes*», p. 151.
6. *Ibid.*, p. 149.
7. Graziella Pogolotti, «*La campaña* de Carlos Fuentes: una parábola de la utopía», *Literatura Mexicana*, 5 (1994), pp. 445-451.
8. Marta Portal, «*La campaña* o la tradición impura», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 490 (abril de 1991), p. 139 y en «Optimismo de la voluntad contra pesimismo de la inteligencia. La última narrativa de Carlos Fuentes», *Anales*

- de Literatura Hispanoamericana*, 24 (1995), p. 55.
9. Seymour Menton, *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 246-277.
 10. Roberto González Echeverría, «La primera pasión», *Nexos*, 170 (febrero de 1992), p. 87.
 11. Paul Julian Smith, «Campana de amor», *Nexos*, 170 (febrero de 1992), p. 88.
 12. Pogolotti, art. cit., p. 447.
 13. *Ibid.*, p. 448.
 14. Bárbara Mujica, «La raíces de nuestra historia», *Américas*, 43 (1991), p. 62.
 15. *La campaña*, tercera reimpression, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 11 (en adelante, cito en el texto por C y enseguida el número de página).
 16. «Imaginar el pasado, recordar el futuro», *Nuevo tiempo mexicano*, México, Aguilar, 1994, pp. 56-57.
 17. *Valiente mundo nuevo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 17.
 18. *Valiente mundo nuevo*, p. 95.
 19. «Imaginar el pasado, recordar el futuro», p. 61.
 20. *Valiente mundo nuevo*, p. 11; también en Carlos Fuentes, «La tradición literaria latinoamericana», en *La obra de Carlos Fuentes: una visión múltiple*, ed. de Ana María Hernández de López, Madrid, Pliegos, 1988, p. 26.
 21. Carlos Fuentes, «¿Ha muerto la novela?», en *Geografía de la novela*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 18.
 22. Quemain, «Memoria y deseo, entrevista con Carlos Fuentes», p. 29.
 23. Véase *supra* la nota 9.
 24. Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, p. 23.
 25. Carlos Fuentes, «¿Ha muerto la novela?», p. 18.
 26. Por *crónica* me referiré a la lista de acontecimientos históricos que involucran agentes y acciones también históricos, anterior al nivel más superficial de la *forma narrativa*, donde historia y novela ya pueden diferenciarse por sus distintas estrategias narrativas; véase a propósito Hayden White, *El contenido de la forma*, tr. de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992, pp. 31-34 y 61.
 27. La primera edición en inglés (*The Spanish American*

- Revolutions (1808-1826)*, London, Weidenfeld and Nicholson, 1973) fue un primer intento de comprensión global del fenómeno, a la vez en lo continental y en las motivaciones económicas de los grupos particulares.
28. Véase el prefacio en *Las revoluciones hispanoamericanas (1808-1826)*, tr. de Javier Alfaya y Bárbara McShane, Barcelona, Ariel, 1976, p. 7 (en adelante, citado como *Revoluciones*).
29. Así, cuando Varela narrador escribe «El 13 de mayo, un barco inglés (¡Siempre los anglosajones!) trajo la noticia: los franceses habían ocupado Sevilla; Napoleón era dueño no sólo del poder político, sino del poder económico de España. No había España. No había Fernando VII» (C, p. 15) es a Lynch que está leyendo: «El 13 de mayo de 1810 un navío inglés llevó a Montevideo noticias de que los ejércitos franceses habían ocupado Andalucía y entrado en Sevilla» (*Revoluciones*, pp. 63-64). El resto de información histórica que presentan los personajes en las páginas siguientes (C, p. 15-16) es un extracto de Lynch (*Revoluciones*, pp. 63-68). El comentario de Bustos a propósito de las declaraciones de Saavedra y Castelli —«[...] podemos quedarnos proclamando la libertad sin acabar nunca con la desigualdad» (C, p. 16)— es un resumen inteligente de la atmósfera segregacionista que transpira el estudio de Lynch —«Era una revolución patricia —escribe—, realizada por una élite que hablaba en nombre del pueblo sin consultarle» (*Revoluciones*, p. 67).
30. Bustos se presenta «siguiendo los pasos de Castelli» (C, p. 253) con las mismas desafortunadas consecuencias: «[...] ya vieron ustedes lo que pasó con Castelli y Belgrano en el Alto Perú. Proclamaron los ideales de la Ilustración ante los indios que no los entendían y espantaron a los criollos que no quieren revoluciones en permanencia» (C, p. 172); «sin haberse ganado la confianza de los indios, los patriotas dijeron bastantes cosas como para asustar a la aristocracia criolla», dirá Lynch (*Revoluciones*, p. 143).
31. «En la nueva economía de las estancias estos gauchos vagabundos fueron domesticados y sujetos a empleo. [...] La ley atacaba el nomadismo, y la población marginal del campo tenía que portar tarjetas de identidad y certificados de

- empleo o sufrir a cambio el servicio militar y los trabajos forzados» (*Revoluciones*, p. 98). Varela lo comenta así: «El gobierno de Buenos Aires había dado una ley contra el nomadismo. Los gauchos debían abandonar sus costumbres bárbaras, errantes, sin provecho, y arraigarse en las estancias, los ranchos y las industrias. Para ello, se les darían cartillas de identidad y se les exigirían certificados de empleo. De lo contrario, serían condenados a trabajos forzados o al servicio militar» (C, p. 69).
32. *Revoluciones*, pp. 63-70; Bustos, por su parte, increpa a sus amigos: «Somos hijos de estancieros, mercaderes o funcionarios del virreinato. Corremos el riesgo de confundir nuestra libertad con la de todos, sin asegurarnos de que así sea realmente» (C, p. 27). Dorrego, al contrario, cree que la razón sólo se concede «a una minoría iluminada capaz de conducir a la masa hacia la felicidad» (C, p. 25).
33. *Nuevo tiempo mexicano*, p. 92.
34. E. Bradford Burns, *Latin American, A Concise Interpretative History*, 5th edition, New Jersey, Prentice Hall, 1990, p. 41.
35. *Valiente mundo nuevo*, p. 194.
36. *Ibid.*, p. 194.
37. *Ibid.*, pp. 17-18.
38. *Ibid.*, p. 194.
39. «Imaginar el pasado, recordar el futuro», p. 59.
40. *Ibid.*, p. 59.
41. O. Carlos Stoetzer, «The Hispanic Tradition», en *Latin American Revolutions, 1808-1826, Old and New World Origins*, ed. and with an Introduction by John Lynch, Norman and London, University of Oklahoma Press, 1994, pp. 245-246; extracto tomado de O. Carlos Stoetzer, *The Scholastic Roots of the Spanish American Revolution*, New York, Fordham University Press, 1979.
42. *Valiente mundo nuevo*, p. 110.
43. Para Weber, en el modelo de autoridad tradicional «the organized group exercising authority is, in the simplest case, primarily based on relations of personal loyalty, cultivated through a common process of education. [...] In the latter sphere, the chief is free to confer 'grace' on the basis of his personal pleasure or displeasure, his personal likes and

- dislikes, quite arbitrarily, particularly in retourn for gibts wich often become a source of regular income» (Véase el capítulo «Traditional Authority», en Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, tr. by A. M. Henderson and Talcott Parsons, New York, Osford University Press, 1947, pp. 341-358; las citas están tomadas de las pp. 341-342).
44. E. Bradford Burns, *Latin American, A Concise Interpretative History*, 5th edition, New Yersey, Prentice Hall, 1990, p. 120.
 45. *Valiente mundo nuevo*, pp. 109-110.
 46. Lo ha hecho, por ejemplo, Celina Márquez, «La campaña de Fuentes, paralelismos del páramo aquél», *La Palabra y el Hombre*, 81 (enero-marzo de 1992), pp. 310-312.
 47. Como escribe Paul Julian Smith, con un poco de humor, la historia de amor es un tanto secundaria a la trama de la novela: «a fin de que esta dialéctica histórica no parezca demasiado árida, Fuentes llena su historia política con una idiosincrática narración libidinal» («Campaña de amor», p. 89).
 48. *Nuevo tiempo mexicano*, p. 81.
 49. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, tr. castellana de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1991, p. 146; la edición original se publicó en 1990.
 50. *Ibid.*, p. 147.
 51. *Valiente mundo nuevo*, p. 11.
 52. Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 252.
 53. *Valiente mundo nuevo*, p. 11.
 54. Alain Touraine, «The Idea of Revolution», en *Global Culture*, ed. by Mike Featherstone, London/Newburg Park/New Delhi, SAGE Publications, 1990, p. 122.
 55. «Modernity as a central universalizing theme gives priority to newness, change, progress. Trough the ages, the legitimacy of political systems had been derived from precisely the opposite principle, that of oldness, continuity, tradition. (...) Some degree of legitimacy is a crucial element in the stability of all regimes» (Immanuel Wallerstein, «Culture as the Ideological Battleground of the Modern World-System», en *Global Culture*, p. 47).

56. Respectivamente, Burns, *op. cit.*, p. 89 y Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, p. 10.
57. Hobsbawn, *op. cit.*, p. 55.
58. *Ibid.*, p. 56.
59. Morse, *El espejo de Próspero. Un estudio de la diléctica del Nuevo Mundo*, tr. de Stella Mastrangelo, México, Siglo XXI, 1982, pp. 116-117.
60. Paul Julian Smith, art. cit., p. 89.
61. *Ibid.*, p. 89.
62. «Introducción», en Carlos Fuentes, *La región más transparente*, ed. de Georgina García-Gutiérrez, Madrid, Cátedra, 1982, p. 29.
63. Miguel Angel Quemain, «Memoria y deseo, entrevista con Carlos Fuentes», pp. 24-26.
64. Elena Poniatowska, «Carlos Fuentes, ¡Si tuviera cuatro vidas, cuatro vidas serían para ti!», en *¡Ay vida, no me mereces!*, México, Joaquín Mortiz, 1985, p. 38.